

## IN MEMORIAM

### IGNACIO HERNANDO DE LARRAMENDI MONTIANO

Me entero del fallecimiento de Ignacio Hernado de Larramendi a mi vuelta de un largo periplo hispanoamericano, en lo que he convertido en una personal (y modesta) cruzada de alentar relaciones con esas gentes tan nuestras que habitan en esas tierras enormes, y al tiempo de lucrarme de lo que unas y otras atesoran de hispano, convencido como estoy desde hace tiempo que es aquélla más que ésta la orilla más favorecida espiritualmente de la Hispanidad. No puedo dejar de pensar en ello al saber del temido fallecimiento del amigo, pues a Ignacio Larramendi lo que desde la revolución liberal llaman España se le quedaba pequeño. Apenas un enteco espacio «nacionalizado» y «estatzado», desnaturalizado en suma, al margen de una «tradicón» desbordante de pueblos hermanados en lo que fue la monarquía federativa y misionera de las Españas. Por eso, dentro del amplio aliento de sus empresas —y utilizo la expresión en su sentido más lato, más clásico—, tanto de las de la primera hora —en puridad las de todas las horas—, aquellas por las que fue más famoso, como de las de la última hora —que también según se mire fueron de toda hora—, las intelectuales, en que sobre todo desbordó su tenacidad y su capacidad de trabajo ingentes tras su jubilación de aquéllas, siempre hubo un hueco para esas Españas. También en eso fue un tradicionalista cabal y no un liberal de cualquier laya. Un tradicionalista, además, de su tiempo, tradición hecha progreso, depurada pues de algunas adherencias decimonónicas y acogedora de lo que estando siempre en el depósito yacía quizá sepultado por los combates del momento. Y es que, en lo que toca a la visión plenaria de la Hispanidad, habrá que llegar al siglo XX. A Vázquez de Mella, Maeztu y Morente. A Elías de Tejada. El carlismo decimonónico no llegó a percibir lo que en su mochila había de solución para los pueblos de allende los mares. Sólo el del vigésimo siglo lo sacó con naturalidad, con la naturalidad de quien ha convivido con algo quizá sin darse cuenta. Una vez más la vivencia a veces

oculta la conciencia. Pero cuando ésta se agudiza por el decaimiento de aquélla no todos son motivos de alegría...

Ignacio también en esto, lo acabo de decir, era un tradicionalista cabal, y es que el tradicionalismo le venía de casta, aunque también fuera interiorizado y hecho propio. Su padre, don Luis Hernando de Larramendi, hombre decisivo en la sobrevivencia del carlismo de principios del siglo XX, es uno de los arquetipos de carlista. El profesor Rafael Gamba, amigo de Ignacio desde la infancia, como amigos habían sido sus padres, y como lo han seguido siendo sus hijos y hasta sus nietos, ha dejado a este propósito páginas espléndidas. En concreto, a propósito de realizar un estudio de las tres actitudes político-religiosas distintas que ha producido el carlismo, encarnadas a su vez en tipologías humanas diferenciadas, a saber la carlista auténtica, la integrista y la vergonzante, Gamba encarnaba en don Luis (y en Melchor Ferrer) la primera, la del carlista auténtico en su más genuina versión: en la que brilla —ha escrito— la entrega sin reservas a una lealtad política y dinástica, con la consiguiente «renuncia al mundo» que una tal adscripción entraña. Fue don Luis quien precisamente inspiró el Real Decreto de S. M. el Rey Don Alfonso Carlos I de 23 de enero de 1936, cuyo artículo 3.º cifraba los fundamentos de la legitimidad española en la unidad católica, la constitución natural de la sociedad tradicional, la federación histórica de las distintas regiones con sus fueros, la monarquía tradicional con legitimidad de origen y de ejercicio y los principios, espíritu y —en cuanto posible— la legislación anteriores al mal llamado derecho nuevo. Texto de capital trascendencia —no lo olvidemos— y donde se instituye la Regencia en la persona de S. A. R. Don Javier de Borbón Parma. Así pues, don Luis Hernando de Larramendi está detrás de la ejemplar codificación de los principios del legitimismo español y de la concreción de éste en la persona de Don Javier. Su hijo Ignacio, a inicios de los años cincuenta, tras superar la prohibición disparatada de la censura, mantenida desde 1937, con el título de *Cristiandad, tradición, realeza*, editó una de las obras más notables de don Luis y del pensamiento tradicionalista del primer tercio del siglo XX.

Y es que también Ignacio, entre las turbulencias de la vida española y mundial —eclesial incluida—, y fueran cuales fueran las singularidades de sus personales tomas de posición, y en todas ellas, consideró siempre timbre de gloria su lealtad y servicio a la Causa. El, además, por singular disposición de la Providencia, fue preservado del fracaso connatural al carlismo, que en su propio padre sintiera y muchos años después había de narrar en sus torrenciales y «heterodoxas» memorias, y en cambio conoció el éxito, que administró con generosidad y con sobriedad. Su peripecia en Mapfre, uno de los milagros empresariales de la España de los milagros, lo muestra bien a las claras. Por la apelación constante a la vitalidad social sin necesidad de oposición alguna al Estado. Por el rigor en la administración. Por su vida

«igual a sí mismo», sin cambios, en su casa de siempre, con la discreción de siempre.

Su perseverancia lo ha sido hasta el final. Desde los escarceos colegiales frente a la izquierda, sí, pero también —tanto Gamba como él lo han recordado muchas veces— frente a la naciente y fascistizante Falange y frente a la democracia-cristiana del «propagandismo» católico. Y durante la guerra, alistado pese a su corta edad en diversas unidades de requetés. Y en la posguerra, donde el combate proseguía contra el totalitarismo falangista, lo que le valió no pocos disgustos y represalias, con detención y procesamiento incluidos. Y en Mapfre. Y últimamente en la Fundación que exhibe su apellido en honor de su padre, y que ha de serlo sin duda también en su honor, y que administra con entusiasmo, Luis, el hijo de Ignacio, que lleva el nombre de su abuelo. No en vano Ignacio siempre tuvo presente la conciencia del linaje, de la estirpe, mucho más honda y relevante que la de la generación. Fundación que está llamada a desempeñar un papel señero en el panorama de los estudios del carlismo. Precisamente uno de esos proyectos, en que Ignacio me había embarcado, la elaboración de una completísima Biblioteca Virtual de Pensadores Tradicionales Hispanos, determinó mi última visita a su casa de General Oráa, a principios de agosto. Salía Ignacio de una estancia hospitalaria, los médicos le habían desahuciado, y él en su interior lo sabía. En cama, devorado por el cáncer, me recibió pocos días antes de que yo saliera para el periplo con el que comenzaba esta desleída nota. En presencia de su hijo, y mi amigo, Luis, dio instrucciones, sugerencias, consejos, órdenes. Todo mezclado en su estilo de empresario de raza que no se resigna a dejar de mandar. Como un viejo capitán en el puesto de mando mientras el buque se va a pique. Salí conmovido, y así se lo dije a Luis. ¡Qué raza de hombres! ¡Qué diferencia con los que les hemos seguido! También, por no guardarme nada, ¡qué raza de mujeres! Y ¡qué diferencia con las siguientes! A cualquiera que haya tenido ocasión de cruzar media docena de veces la palabra con Lourdes, su novia y esposa de sesenta años, como la calificó en uno de sus últimos escritos, no le habrá pasado inadvertida la importancia capital de su papel.

Ignacio colaboró durante los primeros años de la Ciudad Católica, participó en algunas de sus reuniones anuales, en las que animó «foros» de empresarios y con su firma se estamparon algunas colaboraciones en *Verbo*. Luego se esparciría y desaparecería. Con todo, no dejaría de seguirnos, y en algunos de mis últimos encuentros, volvieron a salir aquellos recuerdos e intereses. Amigo igualmente de Elías de Tejada, a quien trató intensamente en el seno de la Comunión Tradicionalista, no podía faltar el saludo postrero desde esta Casa. Descanse en paz.

MIGUEL AYUSO

